

El reconocimiento de la enajenación en el capital como acción política

*Gastón Caligaris (GC), Laura Gómez (LG)
e Italia Pineda (IP)*

Se puede decir que el trabajo con *El Capital* de Marx es el de reconocer a la propia subjetividad enajenada en el capital como la portadora de la superación del capital mismo, y eso es una acción política revolucionaria.

LG: El tema “Marx” es muy controversial, y a nosotros nos ha surgido la inquietud de saber ¿por qué debemos o no estudiar a Marx? Y en este sentido, ¿cuál sería el incentivo de los estudiantes de Economía para estudiar actualmente a este autor?

GC: Ante todo, diría que me desconcierta la pregunta, porque para mí es a la inversa: ¿por qué no estudiar a Marx? Me cuesta trabajo encontrar argumentos para no estudiarlo en una licenciatura como la de Economía. Pienso que el principal problema de esta licenciatura es que sólo se basa en una de las varias escuelas de pensamiento que existen: la neoclásica. Y además, se aproxima a ella a través de manuales, lo que es degradante, porque no se lee a los autores originales, y entonces se tiene una enseñanza completamente acrítica.

¿Por qué no leer a Marx si alrededor de su enfoque existe una escuela del pensamiento económico? La crítica de Marx es uno de los enfoques disponibles para comprender la realidad económica, entonces, ¿por qué se desplaza a este autor de la educación en Economía? Una licenciatura universitaria en Economía tendría que ofrecer todas las posiciones que hay en el ámbito para que cada estudiante pueda juzgar cuál es la más útil para comprender los fenómenos económicos.

En mi caso, al enfrentarme a esta diversidad de enfoques, encontré en el de Marx la herramienta más potente para responder las preguntas que me motivaban y me siguen motivando: ¿qué caracteriza a la sociedad actual?, ¿qué soy yo en esta sociedad?, ¿qué hacer ante la realidad? Esto me lo pregunto todos

los días, leo a Marx y encuentro respuestas y caminos abiertos para cuestionarme sobre cómo funciona la vida social en la actualidad y sobre qué soy yo en ese proceso.

IP: Ahora bien, nos surge una duda especialmente respecto a las diferencias que existen entre el capitalismo contemporáneo y el que analizó Marx, por lo que nos gustaría conocer tu opinión sobre si algunas categorías analíticas del marxismo han perdido relevancia o vigencia con el paso del tiempo. En ese mismo sentido, ¿consideras necesaria una relectura de la obra de Marx con la intención de hacer una reconstrucción de la misma que nos permita explicar las transformaciones que ha sufrido el capitalismo?

GC: Vinculo esta respuesta con la pregunta anterior. Decía que me interesa Marx porque me ayuda a responderme las cuestiones de qué soy yo en la sociedad que vivo y cómo actuar en consecuencia. Por tanto, para mí no es un problema de saber cómo era la sociedad en 1867 (fecha en que se publicó el primer tomo de *El Capital*), si en ese entonces lo que estaba planteando Marx servía para resolver las preguntas que tenían sus lectores, ni en principio, de conocer qué transformaciones median entre esa época de la sociedad y la nuestra. Me interesa si Marx me sirve para responderme sobre lo que tengo delante, hoy. Punto. Si al leer a Marx me encontrase con que no es útil para responderme lo que me está pasando ahora, entonces lo descartaría —del mismo modo que lo hago cuando me enfrento a los neoclásicos, los sraffianos, los keynesianos y los poskeynesianos—. Si sus desarrollos presentan algo que yo no encuentro en la realidad, entonces no me sirven. Esta es una primera cuestión.

Pero, además, siguiendo el enfoque del Centro para la Investigación como Crítica Práctica (CICP) encuentro que la exposición que ofrece Marx es particularmente apta para estos fines. Porque Marx no inicia *El Capital* con un “concepto” o una “construcción teórica” que reclama ser “contrastada” con la realidad. “Yo no parto de conceptos”, escribe Marx en unas conocidas notas de lectura que realiza poco tiempo antes de morir. Al contrario, como dice en algún borrador, arranca “tomando una mercancía en la mano y analizando sus determinaciones”. Y entonces, nos sitúa a los lectores en otra perspectiva. No nos llama a cotejar la “teoría” con la realidad que enfrentamos, sino a agarrar nosotros mismos una mercancía en la mano y analizar sus determinaciones. Si encontramos lo mismo que Marx nos dice encontrar, entonces seguimos adelante leyendo *El Capital*, a ver si lo próximo que aparece es también lo que encontramos al mirar la mercancía que tenemos en nuestra mano. *El Capital*

nos sirve en la medida en que potencia nuestro proceso de conocimiento de la realidad actual. Si no estuviese *El Capital*, tendríamos las mismas preguntas que tenemos, pero con la diferencia de que empezaría desde cero, casi como empezó el propio Marx, para llegar a las respuestas que llegamos. En realidad, esto es así con todo proceso de conocimiento: siempre se busca responder a una cuestión y siempre se parte del conocimiento alcanzado al respecto. Pero en el caso de Marx esta apropiación crítica del conocimiento anterior está, por decirlo de algún modo, promovida directamente por su método peculiar de exposición.

Ahora, tras recorrer este camino, lo que puedo decir es que lo que Marx encontró al analizar la mercancía en el siglo XIX es lo mismo que encuentro yo en el análisis del siglo XXI: la mercancía es la forma más simple que toma la relación social enajenada que constituye el capital. Y sigo leyendo y encuentro las mismas determinaciones del proceso de organización de la vida social que encontraba Marx. Por supuesto, encuentro lo mismo en lo que se refiere a las determinaciones más generales de este proceso. Las formas más concretas de estas determinaciones no pueden ser las mismas que enfrentaba Marx y que, de hecho, tampoco expone en su obra, como no pueden ser las determinaciones singulares de mi acción las mismas que las de mis contemporáneos.

LG: De acuerdo con lo que nos comentas del marco analítico de Marx, nos interesa saber tu opinión sobre lo que éste nos puede ofrecer ante las crisis económica, financiera, cultural y social que se viven en la actualidad.

GC: Es muy complejo dar una respuesta en dos palabras a esta cuestión. Ante todo, Marx no ofrece respuestas fáciles porque toda respuesta presupone un desarrollo que implica no saltarse ninguna de las determinaciones en juego, desde las más generales hasta las más específicas. Aun así, uno podría dar una respuesta fácil por la negativa: cuando se lee la economía neoclásica, es manifiesto que su enfoque es impotente para dar cuenta de las crisis, sencillamente porque no reconoce su existencia; las crisis no entran en su teoría del comportamiento económico de los individuos. Mientras que la escuela de pensamiento que más ha trabajado el tema de las crisis ha sido la que se funda en el enfoque de Marx.

Ahora bien, si me permiten, yo sería crítico de la formulación de la pregunta. Porque más que tener delante una crisis económica, por un lado, y una crisis social, por el otro, pienso que en realidad se trata de un solo fenómeno. Porque si uno dice que hay una crisis económica “y” social, quiere decir que lo económico no es social, que lo económico no es una relación social históricamente

determinada. ¿Qué sería lo social que no es económico o lo económico que no es social? Justamente uno de los grandes esfuerzos de Marx durante toda su vida fue discutir los enfoques que naturalizan las relaciones económicas, por ejemplo, el de la economía política clásica de Smith y Ricardo que naturalizaba a la mercancía, al dinero y al capital.

Dicho esto puedo intentar avanzar un poco, sin extenderme demasiado, en contestar sobre la crisis, a partir de lo que aporta Marx al respecto. Ante todo, se puede decir que Marx es bastante pionero en revelar la existencia de ciclos económicos y en reconocerlos como fenómenos inherentes al capitalismo. Ciertamente, cuando Marx escribía, el capitalismo todavía tenía un desarrollo histórico corto, digamos que no tenía muchos años de vida. A su vez, estadísticamente tampoco había muchos registros. Por lo tanto, no se podían estudiar ciclos distintos a los de cinco o diez años. Sin embargo, tal como lo procuramos hacer desde el CICP, a partir de lo alcanzado por Marx se puede reconstruir una explicación de los ciclos más largos que son los que acaban en crisis más profundas como la que enfrentamos actualmente.

Al respecto, lo primero que planteo es la existencia de dos determinaciones generales de las crisis. Primera, la que tiene que ver con el movimiento de la unidad general entre el consumo y la producción: como producto del carácter privado en que se realiza el trabajo, el capital produce mercancías como si él mismo no pusiese ningún límite al consumo de éstas; luego, inevitablemente se cae en una crisis de sobreproducción de mercancías. Segunda, la asociada con el movimiento de la tasa general de ganancia: para aumentar la producción de plusvalor, el capital necesita aumentar las fuerzas productivas del trabajo, lo cual implica un aumento de la parte constante del capital sobre su parte variable, para disminuir, de este modo, la tasa de ganancia. Ahora bien, estas dos determinaciones no implican que haya una tendencia a la sobreproducción absoluta ni a una baja definitiva de la tasa de ganancia que termine con el capitalismo, como se ha planteado varias veces. Al contrario, estas dos determinaciones tienen un carácter cíclico, se entra en una situación de sobreproducción y de caída de la tasa de ganancia, de la que sólo se sale revolucionando las fuerzas productivas del trabajo, concentrando y centralizando todavía más el capital, para volver a caer en mayor escala en la misma situación de sobreproducción y de caída de la tasa de ganancia. Hasta acá, en términos muy gruesos y todas las salvedades del caso, lo que aporta Marx al respecto.

Ahora, ¿qué decir de la especificidad de la crisis actual? Otra vez es necesario ir más allá de Marx en búsqueda de las formas concretas de estas determinaciones generales: las que corresponden a la unidad mundial de la acumulación de

capital, la división internacional del trabajo, las transformaciones recientes en la materialidad de los procesos de trabajo y las especificidades nacionales, sólo para empezar.

Pero, además, y volviendo a lo puntual de la pregunta, lo otro que sabemos al seguir a Marx es que la crisis económica **está portada** en una crisis política y cultural; porque, efectivamente, no es que exista economía por un lado, y política y cultura por otro. En un pasaje célebre de su obra, Marx se refiere a esta unidad entre economía, política y cultura mediante la metáfora de la base y la superestructura, en la que indica, tal como lo leemos desde el CICP, que las relaciones políticas, las relaciones culturales y las formas de conciencia son las **formas** en que se realiza la base económica. Y este punto, para mí, es clave, porque muestra que nuestro conocimiento no se puede detener en la dilucidación del contenido económico de la crisis, ya que sería reducir la crisis a una abstracción. En consecuencia, para dar cuenta de la crisis actual también es necesario avanzar en sus formas políticas y culturales.

IP: ¿En tu opinión, tiene sentido hablar una vez más de la construcción de una sociedad diferente y traer a la discusión conceptos como el de socialismo? Si tu respuesta es afirmativa, ¿quiénes crees que podrían ser los actores sociales que promuevan esa transformación en las relaciones sociales capitalistas?

GC: Otra vez, la pregunta es bastante compleja y también presupone el despliegue de todo un conjunto de determinaciones que no se pueden hacer acá. Pero me animo a sintetizar lo siguiente. Ante todo, lo que uno encuentra cuando mira las manifestaciones más generales del capitalismo es que no es el modo de producción más potente para desarrollar las fuerzas productivas del trabajo social. Esto se expresa, entre otras cosas, en la existencia de toda la población superflua para las necesidades del capital que, como tal, es un “desperdicio” de capacidad productiva del trabajo. Ya en este punto, uno podría decir que esta forma social de “producirse” como seres humanos tiene que llevar dentro de sí la necesidad de su propia superación. Y, en efecto, cuando se sigue el camino de desplegar las determinaciones generales del capital, y se parte de la mercancía, se encuentra con que este modo de producción conlleva una contradicción absoluta que sólo puede superarse mediante la desaparición misma de, valga la redundancia, este modo de producción. Es la contradicción entre el carácter privado del trabajo, que está en la base de la existencia del capital como sujeto

enajenado de la vida social, y su proceso de socialización, que implica la reproducción misma del capital como dicho sujeto. Intento explayarme un poco más sobre este punto que es clave.

Si los productos del trabajo social se enfrentan entre sí como mercancías, es porque son productos de trabajo recíprocamente independientes, es decir, que se ejercen de modo privado y autónomo. Puesto al derecho, por haberse realizado de manera privada, el trabajo no tiene manera de poner de manifiesto su carácter social como no sea a través del intercambio de su producto, es decir, a través de su forma de valor. En consecuencia, sin carácter privado del trabajo no hay valor como mercancía, ni valor sustantivado como dinero, ni valor autovalorizado como capital. Ahora bien, cuando uno mira el desarrollo del capital como un sujeto enajenado con un movimiento formalmente ilimitado, se encuentra con que permanentemente avanza contra esta determinación de base. Lo hace porque para producir plusvalor relativo no le queda otro camino que el de la socialización creciente del trabajo ejercido de modo privado, lo cual tiene su expresión manifiesta en los procesos de concentración y centralización del capital.

Esta tendencia contradictoria del propio capital fue señalada por Marx en el capítulo XXIV del tomo I de *El Capital* al considerar la tendencia de la acumulación de capital. La pregunta que inmediatamente se abre paso es ¿cuál es el límite de la socialización del trabajo privado?; esto es, ¿qué pasa cuando se termina de socializar el último trabajo realizado de manera privada? Y la respuesta obvia es que no hay más este tipo de trabajo. Pero si no hay más trabajo privado, no hay más forma de valor ni, por tanto, dinero, ni capital, ni clase obrera, ni ninguna otra determinación del capitalismo, porque lo que no deja de existir es, de hecho, este modo inconsciente de organización de la vida social.

Ahora bien, ¿de qué forma se lleva a cabo esto? Marx utiliza el término “personificación” para indicar la relación entre la acción de los individuos y el movimiento autónomo de las mercancías. Y lo que dice es que los individuos personifican con su acción las leyes inmanentes del movimiento de las mercancías. De modo que uno descubre de entrada que este movimiento automático de organización del proceso de vida social que es el capital no existe como algo separado de la acción de los individuos; que uno es el contenido y la otra es la forma en que ese contenido se realiza. Por consiguiente, la pregunta es ¿quién es el sujeto portador de la necesidad del capital de superarse? Y la respuesta está a la vista, porque llegado cierto punto, es obvio que la socialización del trabajo privado no puede ser personificada por otra clase social que no sea la obrera, que es la que tiene en sus manos el proceso de producción y

circulación del capital. Tal como lo solemos presentar en el CICP, esto significa que la clase obrera no es el sujeto revolucionario porque se oponga abstractamente al capital, como lo presenta el marxismo en todas sus versiones, sino porque es quien personifica la necesidad inmanente del capital de superarse a sí mismo.

Tenemos la necesidad de superar el modo de producción capitalista y a la clase obrera como el sujeto revolucionario de esa superación. Pero, otra vez, estamos aún en un nivel de despliegue de las determinaciones de nuestra realidad que es muy general. Y uno no se puede quedar con esta respuesta general porque su acción es mucho más concreta que el nivel de generalidad. Se hace necesario, por tanto, avanzar hacia las formas concretas en las que se desarrolla esta tendencia contradictoria de la acumulación de capital y la acción de la clase obrera que la personifica. Ante todo, esto implica empezar por reconocer la unidad mundial de la acumulación de capital y el consecuente carácter mundial de la clase obrera. Pero, además, aun después de reconocer esta unidad y a cada clase obrera nacional como una fracción de la clase obrera mundial, es necesario identificar a las distintas fracciones de la clase obrera nacional como parte de una misma unidad.

Este es uno de los grandes desafíos que tiene la clase obrera en esta época histórica, donde a la división internacional del trabajo se le suma una fuerte división y polarización en el grado de complejidad de los trabajos, haciendo que quienes realizan un trabajo muy complejo no puedan reconocer su identidad con quienes realizan un trabajo más simple, y viceversa. Si uno, por ejemplo, pregunta en la universidad a los estudiantes si son o no miembros de la clase obrera, la mayoría responderá que no, que son miembros de una clase media, si es que acaso alcanzan a verse como miembros de una clase. En realidad, los estudiantes no pueden reconocer a su propio ser social, no porque sean tontos, sino porque es el propio proceso de acumulación de capital el que los pone en esta situación. Entonces, uno de los principales desafíos para la acción política de la clase obrera es lograr trascender estas apariencias, reconocer su enajenación en el capital y las potencias revolucionarias que brotan de esta enajenación.

IP: Ahora, concentrémonos geográficamente en América Latina, donde se discuten muchas propuestas concretas de organización social y política –nos referimos, por ejemplo, al “buen vivir”, a los movimientos campesinos e indígenas que luchan por la defensa de los territorios, etcétera– que de cierta manera

buscan hacer frente a las relaciones capitalistas. ¿Existe una visión que pueda fundarse en el trabajo de Marx y que nos ayude a entender las diversas formas de organización que coexisten en esta región?

GC: No soy especialista en la situación de México y no conozco lo suficiente estos movimientos que mencionan como para dar una respuesta de carácter más o menos conclusivo. Lo que puedo dar es más bien una respuesta general desde el enfoque de Marx, tal como lo vemos en el CICP. Uno de los grandes aportes de Marx fue develar la unidad inmanente que existe entre las relaciones económicas y políticas. En particular, esto está presente en su desarrollo de la forma que toma la compra-venta de la fuerza de trabajo. En pocas palabras, Marx encuentra que, para que la fuerza de trabajo se venda por su valor, es necesario que quienes personifican esta mercancía se organicen para venderla colectivamente, es decir, se organicen como clase social. Esto es una característica peculiar del intercambio de la mercancía “fuerza de trabajo” que brota del hecho, conocido por todos, de que esta mercancía sobra de modo sistemático. Tal como lo presenta Marx, a primera vista parecería que la necesidad de que la fuerza de trabajo se venda por su valor pleno es propia de la clase obrera y por completo ajena a las necesidades del capital. Pero el examen de los casos donde la fuerza de trabajo se vende por debajo de su valor muestra que lo que puede aparecer como regalo del cielo para el capital individual en el corto plazo, es una desgracia para el conjunto de los capitales en el largo plazo: es la desgracia de que se mutile, atrofie o sencillamente perezca la única parte del capital que es capaz de valorizarse. En consecuencia, la lucha de la clase obrera por vender su fuerza de trabajo es una necesidad que la trasciende como clase, es una necesidad del capital social global. A su vez, esto implica que la relación económica que constituye la acumulación de capital sólo se puede realizar a través de la lucha de clases. Esto es un primer punto que está en la base de los llamados movimientos sociales, cuyos objetivos más inmediatos suelen ser sus condiciones de reproducción.

Ahora bien, la lucha de clases no se agota en el proceso de compraventa de la fuerza de trabajo. Como señalé antes, este modo de producir la vida social no es el más potente y plenamente humano, lo cual se expresa en la condición de población sobrante que tiene gran parte de quienes conforman dichos movimientos sociales. Por consiguiente, la reivindicación más radical y potente de estos movimientos no es la de la reproducción de sus condiciones de vida sino la de la superación de éstas, que pasa a su vez por la superación del modo enajenado en que los seres humanos nos reproducimos en esta etapa histórica.

En breve, hilo esta respuesta con las anteriores para afirmar que lo que está en juego es expresar la necesidad del capital de superarse a sí mismo en una organización de la vida social consciente y, por tanto, libre. Éste es el segundo punto que uno debe tener presente cuando analiza los movimientos sociales que se plantean objetivos de transformación radical.

Pero, en definitiva, la pregunta que uno tiene no está vinculada a una abstracta comprensión de la realidad de estos movimientos, a su contemplación pasiva o a su apropiación académica. La pregunta que debe formularse es ¿qué hacer?, ¿cómo actuar políticamente en esta realidad? Y si lo que se encuentra es que está en juego tanto la lucha por la reproducción de la fuerza de trabajo como la lucha por la superación del capitalismo, uno debe preguntarse en dónde su acción es más potente. En realidad, esta es la ecuación básica de toda acción transformadora: ¿qué potencialidades encierra el objeto que enfrente con respecto a mis propias potencialidades como sujeto transformador?

Ahora bien, si uno alcanzó a hacer el enorme esfuerzo que significa reconocer su enajenación en el capital mediante el análisis de la mercancía, entonces también llegó a afirmar la acción política de la clase obrera como la portadora de la superación del capitalismo, y específicamente, llegó a aceptar su propia acción de reconocimiento de su enajenación, como punto de partida de la conciencia portadora de la acción de superar al capitalismo; entonces, salta a la vista que nuestra acción es más potente allí donde está específicamente en juego la producción de la subjetividad revolucionaria de la clase obrera. En este punto, se puede decir que el trabajo que se hace con la obra *El Capital* de Marx, es reconocer la propia subjetividad enajenada en el capital como la portadora de la superación del capital mismo, y eso es una acción política revolucionaria.

IP: Finalmente, ¿hay algún mensaje o comentario que te gustaría decir a los estudiantes de licenciatura y de posgrado?

GC: Un poco la síntesis de lo anterior: yo encontré en Marx a un autor que me sirvió para entender quién soy yo, qué es lo que me está pasando y, básicamente, para responderme sobre mi acción política. Los aliento a que analicen si el enfoque de Marx les es tan útil como a mí.

